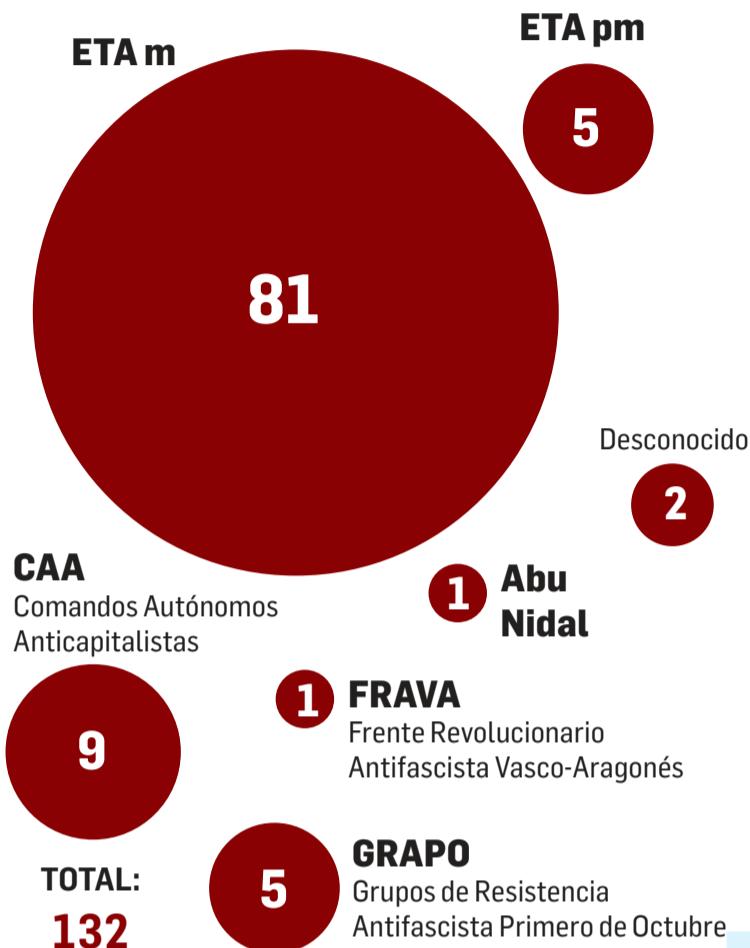


Víctimas mortales del terrorismo en 1980



UN AÑO EN CIFRAS

2,7 días

En 1980, la cantidad de asesinatos era tal que la media anual se salda con uno cada 2,7 días

132

ASESINADOS En 1980, los grupos terroristas asesinaron a 132 personas en España. Las ramas de ETA sumaron 95 muertes

100

HERIDOS Un centenar de personas resultaron heridas en atentados, 73 de ellas por ataques de ETA

20

SECUESTRADOS En 1980, una veintena de personas fueron secuestradas, 17 a manos de los grupúsculos de ETA

6 asesinados

En Navarra, ETA mató a seis personas; un tercio del total de víctimas del terrorismo en la historia de la Comunidad foral

7 atentados

A lo largo del año, España experimentó de media más de 7 atentados cada semana

VÍCTIMAS MORTALES EN NAVARRA EN 1980

Sebastián Arroyo González, Alsasua; Jesús María Vidaurre Olleta y José Oyaga Marañón, Pamplona; Francisco Puig Maestre y Francisco Ruiz Fernández, Goizuetta; y Ángel Postigo Mejías, en Pamplona.

Cuando los atentados pusieron la democracia al borde del abismo

Bombas y disparos causaron en 1980 un muerto cada 2,7 días

15 expertos analizan en un libro la amenaza terrorista durante la Transición española

La obra recopila los datos de un año en el que se cometían de media cuatro atentados cada semana

PALOMA DEALBERT
Pamplona

Un asesinato terrorista cada 2,7 días. Una cifra sobrecogedora pero que da cuenta de la violencia de carácter político que asoló España en 1980 y se cobró seis víctimas en Navarra. "En el discurso institucional, no tanto el académico, se ha sobrevalorado la parte luminosa de la Transición y se ha dulcificado la parte más oscura. Se ha dado una imagen modélica, pacífica y totalmente incruenta, y los datos nos dicen que no fue así", señala Gaizka Fernández Soldevilla, doctor en Historia y responsable del Área de Archivo, Investigación y Documentación del Centro Me-

morial de las Víctimas del Terrorismo. Junto a María Jiménez Ramos, doctora en Comunicación por la Universidad de Navarra y docente, ha coordinado *1980. El terrorismo contra la Transición*.

Frente al mito de una Transición pacífica, la obra arroja luz sobre un fenómeno que, indica Fernández Soldevilla, "estuvo a punto de mandar" la democracia "al borde del abismo". Escrita de forma coral, reúne a 15 expertos en terrorismo —periodistas, historiadores y polítólogos—, entre ellos los navarros Florencio Domínguez, Javier Marrodán y Carmen Lacarra.

132 víctimas del terrorismo
En 1980, los distintos grupos terroristas asesinaron a 132 personas, el culmen de unos años de incremento de atentados —a pesar de la Ley de Amnistía de 1977—, que no se superó hasta el 2004, con el 11M. "Se produce una especie de tormenta perfecta entre, por un lado, terroristas muy potentes, con medios, con voluntad y diferentes siglas atentando y, por otro, un Estado de derecho que es incapaz de parar los atentados", explica Gaizka Fernández.

Ese año la violencia estaba a la



Gaizka Fernández Soldevilla. GOÑI

orden del día, con una media de cuatro atentados por semana. Y las dos ramas de ETA y su escisión, los Comandos Autónomos Anticapitalistas (CAA), se cobraron la vida de 95 personas.

Aún no había transcurrido la primera quincena de 1980 cuando ETA militar asesinó a Sebastián Arroyo Fernández en el segundo atentado mortal de la banda. Tras retirarse de la Guardia Civil, Arroyo, de 53 años, había empezado a



María Jiménez Ramos. GOÑI

trabajar en la fábrica Igartex de Alsasua. Hasta el 8 de enero, día en que un comando etarra lo acribilló a tiros desde un vehículo. Dejó una viuda y cuatro hijos.

A lo largo de los meses siguientes, las portadas de los periódicos se llenaron con noticias similares. El grupo terrorista se ensañó con las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y militares —52 víctimas mortales— con cierta complacencia social que no les permitía ha-

cer vida normal.

Nadie vio nada en Goizuetta

Por aquel entonces, los agentes de la Guardia Civil Francisco Ruiz Fernández y Francisco Puig Maestre estaban destinados en Goizuetta. El 16 de mayo, cuando cenaban en un bar, dos etarras se acercaron a ellos y les descerrajaron más de media docena de tiros. "El día del atentado lo que se pone en marcha es una espiral de persecución local, porque hay alguien que reconoce a dos guardias civiles y avisa a un comando formado por varias personas para que se organicen en ese momento y los maten, y lo hacen a plena luz del día y con testigos", ilustra Jiménez, autora del capítulo en el que se detalla el episodio. Los testigos, añade, luego no colaboraron con la Guardia Civil para aclarar los hechos: "Nadie había visto nada y, de hecho, la mayoría de los implicados en ese atentado nunca fueron condenados".

El permanente estado de alerta y la displicencia del trato vecinal pasó factura tanto a los uniformados, muchos desarrollaron el conocido como síndrome del norte, como a sus familias. "Vivir con una diana colgada en la espalda", indi-

Libro '1980. El terrorismo contra la democracia'



En 1980 se produjo una media de más de 7 ataques terroristas a la semana. En la imagen, el aula magna del Edificio Central de la Universidad de Navarra, tras un atentado sin víctimas mortales.

ARCHIVO

ca María Jiménez, es una circunstancia "que solo se vivió en el País Vasco y en parte en Navarra" y que marcaba la "vida cotidiana" de los señalados. Cuando la alsasuarra Conchi Fernández Galán se casó con el agente de la Benemérita Aurelio Prieto Prieto, algunos familiares le retiraron la palabra. Y cuando poco después los CAA mataron a su marido, de 23 años, en Tolosa, no solo no pudo regresar a su pueblo, sino que un hermano de Fernández recibió una carta amenazante de ETA.

Incomprensión y soledad

Jiménez detalla que los familiares de las víctimas de aquella época se enfrentaron a una situación "especialmente dura": "Tiene que ver con la cadencia brutal de atentados que había en esos años, con la falta de atención pública e institucional, la falta de comprensión de la sociedad y con la soledad".

Cinco años después de la muerte de Franco, ETA batió el récord, pero no fue el único grupo armado; tres de cada 10 muertes violentas fueron asesinatos terroristas, con lo que aumentó la tensión en las calles españolas en plena reforma democrática. "La Transición tuvo bastantes problemas, económicos, políticos y luego amenazas como el golpismo pero, de todas, la más potente fue el terrorismo", afirma Gaizka Fernández.

La ultraderecha en 1980

El camino hacia la democracia se vio amenazado por ataques de la ultraderecha, aunque en realidad esta categoría, aclara el historiador del Centro Memorial, incluye dos tipos: "El de extrema derecha agrupa un terrorismo neofascista o neo franquista, que intenta volver a un franquismo sin Franco, y el terrorismo parapolicial, aquel que lucha contra ETA con sus propias armas; un terrorismo vigilante, para acabar con los terroristas".

Estas dos variantes asesinaron a 28 personas, muertes que reivindicaron bajo el nombre de la Tríada A, Grupos Armados Españoles

(GAE) o el Batallón Vasco Español (BVE) de forma indistinta, según Fernández: "Por lo que sabemos, parecen franquicias; alguien comete un atentado y luego lo reivindica utilizando unas siglas, pero puede utilizar las de al lado perfectamente. No existe un grupo como ETA".

El caso Yolanda González

El 1 de febrero de 1980, el autodenominado Grupo 41 irrumpió en la casa de Yolanda González Martín, de 19 años, en Madrid. Esa noche la secuestraron, la interrogaron y luego la asesinaron. Reivindicaron la muerte en nombre del BVE. Los autores del crimen eran miembros de Fuerza Nueva y, dos colaboradores habituales, un guardia civil y un policía nacional.

"Hay determinados funcionarios que por lo menos ayudan, colaboran o miran hacia otro lado cuando hay atentados parapoliciales", apunta Gaizka Fernández, que matiza que "tienen una responsabilidad individual y no a nivel de Estado, entre otras cosas, porque en el Ministerio del Interior había todavía bastante caos y había inercias heredadas del pasado; muchos agentes y mandos venían del franquismo".

Según el historiador, esta situación provocó una impunidad policial generalizada: "Casi no había investigaciones policiales, no había indagaciones judiciales o se cerraban muy pronto". Y no se dio en exclusiva en el terrorismo de ultraderecha. "El caso paradigmático sería el del Capitán de la Policía Nacional Basilio Altuna, en el que la Audiencia Nacional cierra el caso en 24 horas, y es un policía nacional asesinado por ETA. Ahí ninguna sospecha de connivencia política", argumenta Fernández.

Aunque con varios atentados de extrema derecha o parapoliciales "hay algunos jueces concretos que muestran especialmente favorables" y "hay huidas muy llamativas como la de la masacre de los abogados de Atocha".



'1980. EL TERRORISMO CONTRA LA TRANSICIÓN'

Autores: Gaizka Fernández Soldevilla y María Jiménez Ramos (coordinadores)

Editorial: Tecnos

Páginas: 528

Precio: 23,50 euros

Además de los asesinados, hubo un centenar de heridos y 20 secuestros. Pero, aclara María Jiménez, no es lo mismo subrayar las víctimas que hubo durante este periodo que "cuestionar la validez de la Transición". "La historia que reflejamos en el libro desde distintas perspectivas es que, en el momento en el que la democracia estuvo más amenazada, resistió", apostilla Jiménez. A partir de 1981, tras el intento de golpe de Estado, sostiene Fernández, es cuando "la democracia se refuerza" y hay "una re legitimización de las instituciones democráticas": "Una vez que el estado de derecho se fortalece, el terrorismo se reduce".

El director de Diario de Navarra, acribillado

• El 22 de agosto de 1980, dos terroristas de ETA dispararon casi 30 tiros contra el periodista José Javier Uranga a las puertas de la redacción

P.D. Pamplona

Durante los años de plomo, no solo las fuerzas y cuerpos de seguridad eran profesiones de riesgo. En 1980, ETA asesinó a seis personas en Navarra; un tercio del total de víctimas. Pero además, los grupos terroristas cometieron decenas de atentados que se saldaron sin muertos.

La tarde del 22 de agosto, el entonces director de Diario de Navarra, José Javier Uranga, cogió el coche para acercarse a la sede del periódico, en Cordovilla. Cuando se apeó del vehículo y echó a andar hacia la puerta, un hombre y una mujer, miembros de ETA, lo interceptaron. El varón le disparó una ráfaga con un subfusil

sil y, una vez Uranga se cayó al suelo, la terrorista alzó su pistola y abrió fuego contra él. La última vez que apretó el gatillo, apuntó a la cabeza del herido.

El periodista —según relataron los redactores que corrían hacia él al oír los disparos, y reproduce Javier Marrodán en su capítulo de 1980. *El Terrorismo contra la Transición*—, exclamaba: "Por favor, ayudadme, que me han matado". Cuando llegó al hospital, los médicos contaron un total de 26 balazos en su cuerpo.

El atentado evidenciaba el peligro que corrían quienes se opusieran a ETA desde la libertad de expresión. El ataque despertó el rechazo de buena parte de la sociedad navarra, que se echó a las calles en Pamplona en la primera manifestación multitudinaria. Entre 50 y 100 personas acudieron para increpar a los asistentes.

MILLÁS Y EL MUNDO

Juan José Millás



LA SALIDA DEL SOL

L LEVO dentro de mí un hombrecillo del tiempo que acaba de anunciarle la llegada de una borrasca, en forma de neuralgia, que penetrará por mi sien izquierda y se extenderá al paso de las horas por la zona occidental de mi cabeza. Es lo que vengo llamando, desde joven, la "neuralgia de ojo" porque el ojo se convierte, diríamos, en el centro del huracán. Me duele el ojo y me duele por tanto cuanto miro con él. Me duelen los títulos de los libros, la taza de té, la pantalla del ordenador, los lápices apilados en un vaso de cerámica. Me duele la cerámica y la agenda y el calendario y la mandarina en gajos que he colocado a primera hora sobre la mesa para ir dando cuenta de ella poco a poco. Me duele cada sustitutivo que escribo, y cada adjetivo, y cada adverbio. Pero yo aguento la llegada de la borrasca neurológica a pie firme, sabiendo que ha de alcanzar asimismo al oído izquierdo para que me duelan también los ruidos, por pequeños que sean. Me duele el ruido de las teclas del ordenador y el clic del bolígrafo cuando lo abro para tomar un apunte, y el de la lluvia otoñal al repiquetejar sobre el cristal de la ventana de la buhardilla.

Si mi rostro fuera el mapa de España, las neuralgias entrarían siempre por Galicia. Significa que el dolor empieza allí, en Galicia, y a veces se extiende por el resto de la península y a veces no. Depende los vientos que las conducen caprichosamente hacia Extremadura o Castilla. Extremadura, en mi caso, es el lado izquierdo de la faringe. Padezco de neuralgias faríngeas que se manifiestan como un reflejo de las del ojo de ese lado. Y bien, yo continúo trabajando a pesar de todo. Resisto como una torre asediada por una tormenta eléctrica, como un mástil incendiado por los rayos, resisto como veía resistir a mi madre, de la que heredé estos temporales físicos, en la cocina de su casa, llevándose de vez en cuando la palma de la mano al ojo, como para que no se le saliera de la órbita.

Finalmente, acudo, rendido, al botiquín e ingiero un par de analgésicos cuyos efectos secundarios, según el prospecto, me podrían matar. De hecho, matan a un porcentaje equis de sus usuarios. Moriría con gusto, créanme. Tras la ingestión, vuelvo a la mesa de trabajo, echo hacia atrás el respaldo de la silla y asisto, con los ojos cerrados, a la salida del sol dentro de mi cabeza.